

Maud Ventura

MI MARIDO

Maud Ventura

MI MARIDO

Traducción de **María Teresa Gallego y
Amaya García Gallego**

Nørdicalibros

Título original:

Mon mari

© L'Iconoclaste, Paris 2021.

This edition is published by arrange with L'Iconoclaste

in conjunction with its duly appointed co-agent

The Ella Sher Literary Agency. All rights reserved

© De la traducción: **María Teresa Gallego** y **Amaya García Gallego**

© De esta edición: **Nórdica Libros, S.L.**

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57 · info@nordicalibros.com

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 979-13-87563-04-2

Depósito Legal: M-2178-2025

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Diseño: **Filo Estudio** y **Nacho Caballero**

Maquetación: **Diego Moreno**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra** y **Ana Patrón**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis padres
amor, siempre*

«Nunca he escrito, creyendo hacerlo,
nunca he amado, creyendo amar,
nunca he hecho nada más que esperar
delante de la puerta cerrada».

El amante, Marguerite Duras

Estoy enamorada de mi marido. Aunque más bien debería decir: *sigo* enamorada de mi marido.

Quiero a mi marido como el primer día, con un amor adolescente y anacrónico. Lo quiero como si tuviera quince años, como si acabásemos de conocernos, como si no tuviésemos ninguna atadura, ni casa, ni hijos. Lo quiero como si nadie hubiese cortado conmigo, como si yo no hubiese aprendido nada, como si él hubiese sido el primero, como si fuese a morirme este domingo.

Vivo con el miedo a perderlo. Me paso todo el rato temiendo que se tuerzan las cosas. Me protejo de amenazas que no existen.

Mi amor por él no ha seguido el curso natural de las cosas: la pasión del principio no se ha convertido nunca en un grato apego. Siempre estoy pensando en mi marido, me gustaría enviarle un mensaje a cada momento del día, me imagino que le digo que lo quiero todas las mañanas, sueño con que nos amemos todas las noches. Me contengo para no hacerlo porque también debo ser esposa y madre. Ya no tengo edad para jugar a las enamoradas. Con dos hijos en casa, no hay cabida para la pasión, está fuera de lugar después de tantos años de convivencia. Sé que debo controlarme para amar.

Me dan envidia los amores prohibidos, las pasiones transgresoras que no se pueden vivir a plena luz. Me da aún más

envidia el amor cuando no es compartido o ha dejado de serlo, cuando el corazón palpita en sentido único, cuando el corazón late en una sola dirección. Me dan envidia las viudas, las amantes y las mujeres abandonadas, pues llevo quince años viviendo la desdicha constante y paradójica de un amor correspondido, de tener una relación apasionada y sin obstáculo aparente.

Cuántas veces he tenido la esperanza de que mi marido me mintiese, de que me engañase o de que me abandonase; el papel de la divorciada abatida es más fácil de interpretar. Ya está escrito. Ya se ha representado.

Existen millones de personas transidas de amor que entonan la pérdida o el rechazo. Pero no sé de ninguna novela, de ninguna película, de ningún poema que pueda servirme de ejemplo y enseñarme cómo amar menos y mejor. No sé de ninguna protagonista de ninguna obra que pueda enseñarme cómo hacerlo. No cuento con nada para documentar mi aflicción.

Tampoco tengo nada que pueda calmarla, pues mi marido me lo ha dado todo. Sé que pasaremos la vida juntos. Soy la madre de sus dos hijos. No puedo esperar nada más, no puedo esperar nada mejor y no obstante el vacío que siento es inmenso y espero de él que lo colme. Pero ¿con qué casa, con qué hijo, con qué joya, con qué declaración, con qué viaje, con qué detalle podría llenar lo que ya está lleno?

Lunes

Todos los lunes cruzo la puerta del instituto sin sentir ningún desánimo. Soy profesora de Inglés desde hace casi quince años, pero nunca he olvidado por qué me gusta tanto dar clase. Durante una hora todo el mundo está pendiente de mí. Controlo la duración, mi voz llena el espacio. También soy traductora para una editorial. Puede que esa doble vida sea lo que ha mantenido intacta dentro de mí la llama de la enseñanza.

En el aparcamiento reservado para los profesores me cruzo con el director, charlamos un ratito. Luego llega el momento que estaba esperando; me pregunta por *mi marido*. Contesto que *mi marido* está bien. Esta expresión me sigue causando el mismo efecto al cabo de trece años de matrimonio. Escalofríos de orgullo cuando en una cena dejo caer que «mi marido se dedica a las finanzas»; cuando le indico a la maestra de mi hija delante de la verja de la escuela que «el jueves será mi marido quien recoja a los niños»; cuando voy a comprar dulces a la panadería y anuncio que «mi marido los dejó encargados el martes»; cuando cuento con cara de falsa indiferencia (cuando en realidad me parece algo de lo más romántico) que «mi marido y yo nos encontramos por casualidad en un concierto de *rock*» cuando me preguntan cómo nos conocimos. Mi marido ya no tiene nombre, es *mi marido*, me pertenece.

El lunes siempre ha sido mi día favorito. A veces se engalana con un azul profundo y regio: azul marino, azul noche, azul egipcio o azul zafiro. Pero lo más habitual es que el lunes tome la apariencia de un azul práctico, económico y motivador, adoptando el color de los bolígrafos Bic, de los clasificadores de mis alumnos y de la ropa sencilla que pega con todo. El lunes también es el día de las etiquetas, de los buenos propósitos y de las cajas para ordenar cosas. El día de las elecciones juiciosas y las decisiones sensatas. Ya me han dicho que eso de que te gusten los lunes es típico de empollona de la clase, que solo los cultuquetas pueden alegrarse de que se termine el fin de semana. Puede que sí. Pero por encima de todo es algo relacionado con mi pasión por los comienzos. En los libros siempre he preferido los primeros capítulos. En las películas, los primeros quince minutos. En el teatro, el primer acto. Me gustan las situaciones iniciales. Cuando cada cual está en su sitio en un mundo equilibrado.

A última hora de la mañana, pongo a los alumnos a leer un texto. Luego les doy la palabra por turno. Apunto vocabulario en la pizarra, les indico los términos que necesitan para hablar (esa sensación de poder es embriagadora). En el fragmento que estudiamos hoy, uno de los personajes se llama como mi marido. Se me encoge el corazón cada vez que veo escrito su nombre o lo pronuncia algún alumno. Luego traducimos y comentamos un cruce de promesas entre ambos esposos. Mis alumnos están familiarizados con esa tradición anglosajona que se repite a menudo en series estadounidenses (y que suele interrumpir un antiguo amante en plena reconquista). Es la oportunidad de estudiar el uso del auxiliar gracias a la respuesta tantas veces anhelada del «I do»: «Sí, quiero».

Mientras los últimos alumnos salen del aula, abro las ventanas para disipar el olor que hay al final de la clase, una mezcla de sudor y de rotulador para pizarra. La mezcla también de los perfumes demasiado dulces (para las chicas) o demasiado almizclados (para los chicos). A las hormonas adolescentes les chiflan esos efluvios superconcentrados que venden en los grandes almacenes. Puede que esa sea la clase de perfume que debería comprarme. Llevo meses usando el de un fabricante pequeño y confidencial con la esperanza de que fuera tórrido pero que en mi piel resulta desesperadamente soso. ¿Cómo saber cuáles son los perfumes de moda cuando tienes dieciséis años? Podría inventarme un ejercicio sobre el tema de los olores y pedir a los alumnos que describan su perfume: sería tan instructivo para mí (dándome ideas para un nuevo perfume) como para ellos (enriqueciendo su vocabulario olfativo).

Rosa ha venido mientras yo estaba en el instituto. Me las ingenio para no cruzarme con ella porque nunca sé qué decirle; no llevo suficiente tiempo teniendo la soltura de la genterica como para saber dirigirme a la asistenta: ver cómo me limpia la casa siempre me ha parecido algo fuera de lugar.

Flota un suave olor a limpio, el de las esponjosas toallas que huelen mucho a detergente en el cuarto de baño y el de las sábanas limpias de hilo que han suavizado el tiempo en las camas. Ya no hay ninguna huella de dedos en el espejo grande del vestíbulo. Las baldosas de terracota de la cocina están relucientes.

Las esculturas de la chimenea, la manta de lana en el sofá, las velas en la balda, los libros en las estanterías, las revistas de arte apiladas en la mesa baja, las fotos enmarcadas colgadas en la escalera: todo está en su sitio. Incluso las flores del mercado presiden el comedor con mayor aplomo desde el centro de la mesa. Estoy segura de que Rosa ha movido algunos tallos y arrancado unas cuantas hojas para que el ramo luzca más.

Ayer por la tarde mi marido fue a la compra. La abundancia que reina en nuestra cocina me emociona: un *brioche* y mermelada en la encimera, nuestro frutero lleno de albaricoques y melocotones. Sé que es una bobada, pero cuanto más se encarga mi marido de las compras importantes, más noto que me quiere. Es como si invirtiera en nuestro

matrimonio. Igual que un tendero que pesa una a una las bolsitas de papel, puedo cuantificar su amor todos los domingos cuando vuelve de la compra gracias al importe del tique abandonado en el fondo de la bolsa. En la nevera: verduras y carne, olivada de la tienda de aceitunas, una ensalada de pomelo y cangrejo de la sección de platos preparados y queso en abundancia. Esta cocina atiborrada me acelera el corazón.

Las dos y media. Es un poco pronto para recoger el correo, pero aun así tampoco me arriesgo mucho por ir. Saco la llave, que tengo escondida en el doble fondo del joyero, recorro el sendero, abro el buzón con el miedo en el cuerpo y me encuentro, aliviada, tres cartas que no tienen nada de alarmante o de inusual (ninguna manuscrita, ningún sobre sin franquear). Al alzar la vista, me doy cuenta de que un vecino me está observando unos metros más allá. Presa del pánico, lo saludo antes de meterme en casa a toda prisa.

Necesito unos pocos minutos para recuperar la calma. Sé que en esos comentarios aumentan las posibilidades de que cometa un error. Así que me sereno. Vuelvo a meter la llave en el doble fondo del joyero, junto a una sortija que sigue brillando aunque se haya oxidado un poco con el tiempo. Tiene casi veinte años, pero la conservo por nostalgia, pese a que soy consciente del riesgo que corro: ¿y si mi marido se la encuentra algún día? ¿Cómo iba a poder explicarle que poseo un solitario casi idéntico al que me regaló el día que me pidió en matrimonio?

No obstante, mi vida antes de él no es cosa suya. No tengo por qué contárselo todo: las parejas que duran son aquellas cuyo misterio no ha trascendido. Por ejemplo, a los pocos meses de conocernos, corté con él. Dos semanas

de asueto en las que volví a caer en los brazos de un antiguo novio, Adrien. Cogimos un tren y fuimos a ver el mar. Hasta que una mañana le dejé una nota encima de la almohada y me marché de vuelta con el que iba a convertirse en mi marido. Que no tiene por qué saber lo que sucedió durante esos quince días de titubeo.

Como todos los lunes, mi marido está en la piscina después del trabajo. Y como todos los lunes, hago la cena con más nervios que las demás noches. Estoy intranquila, me falta paciencia con los niños, me corto al preparar el primer plato, se me pasa la carne.

Cuando mi marido no está, la casa suena como un piano con la sordina puesta: el sonido sale amortiguado, la vida familiar pierde variaciones e intensidad. Es como si alguien nos hubiese colocado una tapadera gigantesca encima del tejado.

Enciendo la luz del porche, luego las de la cocina y el salón. Desde la calle, nuestra casa parece una tienda de recuerdos que resplandece en la oscuridad. Es el acogedor espectáculo que mi marido tiene que ver al volver.

Después de acostar a los niños, miro un rato la televisión, pero solo veo mujeres que están esperando como yo. Tomándose un yogur, conduciendo un coche o poniéndose perfume, pero lo que me llama la atención es lo que sucede fuera de plano: todas son mujeres que están esperando a un hombre. Están sonrientes, parecen activas y atareadas, pero en realidad están andando en círculos. Me pregunto si soy la única que se ha fijado en esa sala de espera universal.

Es la hora. Mi marido está al caer. Repaso las estanterías buscando una novela para guardar las formas. No quiero que

me encuentre esperándolo delante de una pantalla. Marguerite Duras será perfecta para esta noche.

Leí *El amante* por primera vez a los quince años y medio. Solo conservo de aquello unas cuantas imágenes: la humedad, el sudor, los fluidos, las persianas, el Mekong, una chica de mi edad con quien no me identificaba en absoluto (demasiado indiferente y negativa). Y, además, tanto a los quince como a los cuarenta, el sexo sin sentimientos nunca me ha atraído mucho. En cambio, hay una frase que no se me ha olvidado nunca y termina así: «Nunca he hecho nada más que esperar delante de la puerta cerrada». Me daba la extraña sensación de haberla leído ya en alguna parte. Primero la subrayé a lápiz (nunca había escrito en la página de un libro, fue un acto que me pareció gravísimo). Luego, como me seguía pareciendo poco, la copié en una libreta. A los dieciocho me planteé tatuármela en un omóplato.

Al cabo de unos años, supe que esa frase no pertenecía a mi pasado, sino a mi futuro. No era una reminiscencia, sino un programa: «Nunca he hecho nada más que esperar delante de la puerta cerrada».

Sentada con las piernas encogidas al desgaire, el libro abierto al azar, aunque incapaz de leer una línea, y una taza de té ardiendo al alcance de la mano, espero a mi marido. La luz del salón es demasiado agresiva, enciendo una lámpara y dos velas, y vuelvo enseguida a mi puesto. Desde este sitio del sofá, la puerta se refleja en el espejo grande del vestíbulo. Acecho el momento en el que el picaporte baje por fin.

Te acostumbras a esa visión, un marido que vuelve del trabajo. Vives tantas veces esta escena que ya ni la ves. Le prestas atención a otra cosa: la hora de regreso cada vez más

tardía, a medida que lo ascienden, un guiso que no quieres que salga mal, los niños a quienes hay que arropar. Te acostumbras, dejas de fijarte. Yo sigo preparándome para ello todas las noches.

Las nueve y veinte. Me tomo el pulso en la muñeca doblada. Ritmo cardíaco acelerado. Tensión arterial disparada, estado de alerta. Una ojeada al espejo: tengo las pupilas dilatadas. Casi podría sentir cómo se me expande la adrenalina por la amígdala; casi podría sentir cómo me late esa almendrita en el cerebro, cómo late y difunde su química del estrés. Respiro hondo varias veces para frenar artificialmente los latidos del corazón.

Las nueve y media. Mi marido llega puntual. Los faros del coche, que iluminan la casa a trozos, anuncian su llegada. Se oye el chasquido de la portezuela en la calle (es la primera señal cierta del regreso). El buzón se abre y se cierra con un ruido metálico (segunda señal). Por fin, el ruido de la llave en la cerradura (última señal, el tercer golpe en las tablas del escenario antes de que se alce el telón). Tres, dos, uno. Mis conversaciones internas se detienen. Solo siguen, incontrolables, los latidos del corazón. La puerta de casa se abre. La velada puede empezar.

Martes

Hace quince años, cuando me fijé en que el hombre con quien acababa de pasar la noche dormía, igual que yo, con la muñeca doblada junto a la cara, me pregunté cómo interpretar esa coincidencia. ¿Era la manifestación de un rasgo de personalidad que compartíamos? Las personas que duermen con la muñeca en ángulo recto, ¿se reconocen entre sí? Se dice que quienes duermen bocarriba son sociables, bocabajo, que tienen una frustración sexual y de lado, que son confiados. Pero no se dice nada de quienes duermen con la muñeca recogida: ¿también tienen algún rasgo en común? Quince años después de aquella primera noche, me sigo preguntando sobre ese aspecto que compartimos mi marido y yo cuando estamos dormidos.

Es todavía temprano cuando un rayo de sol se le posa en el nacimiento de la axila. Diríase un cuadro con un claroscuro perfectamente controlado. Caravaggio no habría encontrado mejor modelo que mi marido, con las largas pestañas negras descansando en la parte superior de la mejilla y el mador en el pliegue del cuello. Más que cualquier otra cosa, el calor de su cuerpo al alba me ha trastornado siempre (¿a cuánto puede subir la temperatura ambiente bajo un edredón de plumas? El microclima de nuestra cama parece rozar a veces los 50 grados centígrados, pero ¿es físicamente posible?). Y además está su sonrisa. De noche, mi marido parece a punto de romper a reír, como si le estuviesen contando una anécdota que le hace mucha gracia entre un

sueño y otro. Esa característica no creo que la compartamos, pero no deja de ser una buena noticia. Un hombre desdichado no sonríe cuando duerme.

Acerco la mano, pero interrumpo el movimiento antes de pasarle los dedos por el pelo. En la almohada, un delgado rastro de caspa semejante a la ca da de las primeras nieves. A menudo me enternezco ante esos copos que me encuentro en nuestra cama o en el cuello de una camisa.  Soy rara porque me conmueva así la caspa de mi marido? Pero me imagino que el amor se nutre de los rastros que se quedan en una prenda de ropa o en una sábana y que es algo que conmueve a todas las enamoradas.

Mi marido sigue durmiendo hasta que suena el despertador, aunque hace ya un rato que ab  las contraventanas del cuarto. Y eso que hace años que proclama alto y claro que solo puede dormir completamente a oscuras. Yo siempre he preferido dormir con las contraventanas abiertas. Las horas oscuras me desorientan más que relajarme. Pero lo que yo prefiero no cuenta mucho frente a la necesidad de estar a oscuras de mi marido. Así que cuando empecé a compartir su cama esa conces n resultó de lo más natural. Tampoco es para tanto. Pero esta mañana no me queda más remedio que constatar que mi marido me miente: salta a la vista que no tiene problema alguno para dormir con luz.

Mientras se espabila poco a poco, mi marido se me arrima, pero me doy la vuelta a tiempo para zafarme de sus brazos. Es la norma, no debo ceder. Ayer se durmió sin darme las buenas noches, no hay razón alguna para que disfrute de mis caricias al despertar. Nada de bajar la guardia. Y mucho menos un martes.